

origen ácrata que acentúa, desde otra perspectiva, esta separación. Pienso en García Calvo, por ejemplo, quien afirma tajantemente que Estado es lo opuesto a pueblo llano, incluso afirma que aquél es la administración de la muerte del pueblo. Es la misma idea que tiene del lenguaje, como se vió en su *Heráclito*, aquella apelación a la «razón común». Para García Calvo, en el pueblo llano, desprovisto de los poderes del Estado, se halla el lenguaje. Este pueblo llano tiene poco que ver con el individuo, figura que repugna a García Calvo, porque él es el causante de todos los males. Claro que nuestro curioso filólogo, crítico del capital, del dinero y sus poderes, se cuida mucho de proteger su bolsillo, de no pagar a Hacienda, y, lo que es peor, de pedir dinero públicamente a través de la prensa para pagar sus impuestos, manteniendo así su conocido capital inmobiliario. Savater, que fue discípulo suyo en su juventud, lo llamó en una discusión pública, cicutu, y lo es, pero no para sí mismo sino para los otros. Esta afirmación de la individualidad y escaso reconocimiento en lo público, nos lleva a ser muy duros en la crítica hacia los otros (políticos o no) y pensamos muy pocas veces en nosotros de manera exigente. Hoy mismo, hablaba con alguien que criticaba duramente los fraudes financieros de ciertos políticos y empresarios, pero hacía sólo unos minutos que acababa de confesarme que sólo declaraba a Hacienda la mitad de sus ingresos. Él no es sujeto de su crítica: el error siempre lo comete otro.

Ahora bien, lo que sí hemos aprendido es a desechar la violencia (con la sangrienta excepción del terrorismo etarra): los españoles queremos conservarnos, entendiendo o no lo que nos ocurre, pero conservarnos. Esto sí lo hemos aprendido frente a la Guerra Civil, aunque sea también un tema que la gente de mi generación y los más jóvenes tienden a ignorar. Este espíritu conservador (pero con escasa memoria) no debería excluir un mayor interés en la vida pública. Recuerdo haber oído a Octavio Paz decir que a los escritores españoles, aunque están siempre en la calle, no les interesa la política. Lo dice alguien que ha nacido en 1914, que estuvo en la guerra civil española, que llegó a vivir a París a finales de 1945 y que, además, es mexicano: quiero decir con esto último que pertenece a un pueblo donde los escritores están acentuadamente politizados, pero, a pesar de estas características suyas, tiene razón. Este mismo diario lo demuestra: creo recordar que sólo hay una nota sobre política, puntual, un artículo que publiqué, en el diario *El Sol*, sobre la guerra del Golfo. No es lo único que he escrito sobre la *res publica*, y en ese mismo periódico debe haber varios artículos míos sobre asuntos políticos; pero, aunque me interesa, apenas si he escrito sobre este tema. Pocos son los poetas, novelistas y filósofos que lo hacen, mucho menos que tengan libros sobre asuntos cívicos; entre esos pocos está el prolífico, agudo y divertido Fernando Savater, una verdadera excepción que hay que celebrar.

Una vez más (*19 de febrero*)

Vuelvo al tema del mes pasado: renuencia a escribir. Alguna vez he dicho que el silencio corrige, pero en mi caso creo que ya se corrige a sí mismo, lo cual alcanza un grado hiperbólico de corrección ciertamente alarmante. ¿Qué estará corrigiendo mi silencio? Hay escritores que corrigen en otra página, que no vuelven sobre sí, que escriben al día. Otros, Mallarmé, por poner un solo caso, se pasa la vida corrigiendo unos poemas. Valéry, en otro sentido, se cierra a la calle y se abre a la casa, no a su intimidad, sino que hace del mundo un espacio privado. Todo lo piensa, pero lo piensa en soledad. Es un escritor póstumo. Tal vez todo verdadero escritor sea un escritor póstumo, y el resto este compuesto de periodistas. Quiero decir: todo escritor ha de ser de su tiempo, pero la cualidad más permanente es la póstuma, aquella que mantiene sus obras después de muerto. Volviendo a mi pequeño caso: a veces cuando camino siento que estoy escribiendo, sólo que como no sé muy bien de qué se trata, suelo calificar inmediatamente a ese murmullo de corrección. Este ronroneo de la escritura tiende a despojar, es un acto de poda. No de esencialismo, actitud lejana a mi sensibilidad, pero sí esencial. Ya decía Borges que el escritor comenzaba siendo barroco en la juventud y se hacía clásico en la madurez. Sé que he sido algo barroco en mis monstruos de juventud (monstruo porque no les encontraría semejanza con nada, lo que no es bueno) y también observo que hay una mayor economía verbal y retórica en mis últimas cosas. Pero lo que me preocupa es el silencio corrector. Un amigo, Jordi Doce, que vive entre las en ocasiones envidiables nieves de Sheffield, me contesta sobre esto diciéndome que el problema de no escribir es que uno acaba acostumbrándose a esa pasividad; con lo que quiere decir que uno deja de ser escritor aunque siente la ilusión de que si se acercara a la mesa podría volver a hacerlo. No es cierto. La mesa está, pero no las palabras. Hay que corregir al corrector, o más exactamente: hay que darle texto al corrector para que no anule, en su celo crítico, a la obra misma.

Ibn Hazm de Córdoba (*27 de febrero*)

Sobre las nueve de la mañana lo suelo encontrar comprando el periódico *-ABC-* por la zona de Moncloa. Pequeño, con un bigote ligeramente recortado por encima del labio, nadie sabría quién es. Sobre las doce, solo o con su mujer, toma café en La espiga de Oro. Entra, con paso últimamente bastante discreto, sin levantar los pies, y no pide nada. Ya saben qué es lo que quiere, un café con un par de churros que el camarero le lleva a una mesita junto a los ventanales. Tanto a las nueve de la mañana

como a las doce o en cualquier otro momento, lleva un cigarrillo en la boca, ligeramente caído, como acostumbran a llevarlo quienes ignoran los ceniceros o le tienen tanta querencia al pucho que no lo aparta un segundo de la gran aspiradora de humos. Pasa desapercibido, y parece salido de una medina, de un zoco donde él oye y, a ratos, es oído. Pero no, vive ahí mismo, en esos bloques edificados en el franquismo para los profesores universitarios, donde vive Laín Entralgo y vivió José Antonio Maravall. Me estoy refiriendo a Emilio García Gómez, el gran arabista, al que debemos *El collar de la paloma* y la obra de Ben Quzmán, entre otros muchas trabajos relacionados con la literatura árabe. García Gómez ya no oye el girigay del zoco; está sordo y no hay forma de que le entienda a uno. Ya no oye a los otros, los lee. A veces llega al bar con un libro y un lápiz. Si es de bolsillo lo dobla y lo va subrayando. A veces levanta la vista. ¿Qué mira? Tiene una mirada un poco apagada, pero algo brilla aún en ella: es un brillo melancólico, como de alguien que se despide a cada instante del mundo que le rodea; un mundo que es todo el siglo, un mundo que no es sólo el instante que está ahora viendo sino lo que ha visto desde hace noventa años. El otro día me acerqué a él. Venía caminando y se detuvo para encender un cigarrillo, pero lo iba a encender por la boquilla. Lo detuve y le hice tomar conciencia del asunto. No me oyó, pero observó su tabaco, se ríe y dándome las gracias encendió el cigarro. Miles de estudiantes que van a tomar el autobús ahí mismo, o que caminando pasan frente al pabellón de gobierno de la universidad, tropiezan con él, pero ignoran que ese viejito es el traductor de Ibn Hazm de Córdoba. No importa. Quizá él ya no sabe si lo tradujo o lo escribió.



Mis expectativas

Una frase, que creo haber leído en Jaspers, y que viene muy bien para nuestros días: «Lo atractivo de la mentira política es que responde a las necesidades ideológicas de la gente, mientras que la verdadera labor intelectual y crítica no siempre tiene que ver con nuestras expectativas». Hace un rato le he oído a Fernando Savater algo parecido: «Durante el franquismo, el horizonte del intelectual era mucho más claro y correspondía más a lo que se esperaba de él; pero quizás hoy en día no consista en agrandar como en desagrandar, en responder con lo inesperado». Y un poco más tarde, ante una pregunta pretendidamente progresista de un periodista *dizque* izquierdoso: «yo quiero ser un conservador, ciertamente, pero como tengo muy poca cosa que conservar he de imaginar prime-